

; RES = NADA !

A mal tiempo, buena cara», como dice el refrán. Y cuando las ideas escasean y aun las escasas andan confusas, lo menos malo que se puede hacer es jugar con los vocablos. Que no es lo mismo que jugar del vocablo. El jugar con los vocablos á la pelota hasta reventarlos y que suelten sus tripas — tripas de idea —, es muy otra cosa que jugar del vocablo haciendo calambures — *passer-moi le mot* — y camelos. Vamos, pues, hoy á jugar un poco con la estirpe de los *res* — estirpo tan de moda —, y algo saldrá.

¿Quién no recuerda al efecto aquellos tres grandes valores históricos en *re*, y en *Re* mayúscula, que son el *Re-nacimiento*, la *Re-forma* y la *Re-volución*? A ellos dicen que se reduce la historia llamada moderna. Volvió á nacer, ó nos figuramos que fué así, la cultura pagana greco-latina en el *Re-nacimiento*; volvió á formarse, ó así se les antojó al menos á los protestantes, el cristianismo en la *Re-forma* y volvió á volverse... ¿qué? en la *Re-volución* francesa. Los revolucionarios creyeron que volvían á las antiguas democracias ateniense y romana. Porque revolución, de revolver, significa el acto de volver atrás, como reflujo el de fluir hacia atrás. De donde se deduce que toda *re-volución* es *re-acción*, ya que la *volución* ó la vuelta es una acción.

Vengamos á nuestra España moderna. ¿Moderna? ¡Bueno!, es igual. En todo caso, moderno es cosa de moda ó de modo y no de sustancia.

En España tuvimos la *re-volución* — ésta ya minúscula y, por tanto, por erre tal — de Setiembre en 1868, la restauración — más minúscula aún — en 1876, la *re-generación* — ya microscópica — en 1898, y ahora tenemos la invisible *re-novación*. Y las cuatro: revolución, restauración, regeneración y renovación, son cuatro res y una sola sustancia verdadera. Sus hombres respectivos han sido: Prim, el de la revolución de 1868; Cánovas del Castillo, el de la restauración de 1876; el conde de Romanones, el de la regeneración de 1898, y La Cierva, el de la renovación actual. Y de todo ello sale España revuelta, restaurada, regenerada y renovada de tal modo, que no la conoce ni la madre — ¿quién fué? — que la parió.

Luego vendrá la *re-forma* si los sedicentes reformistas llegan al poder, y si no, ¿quién sabe?, la refundición acaso. ¿O quieren mis lectores de buen humor que formemos un nuevo partido que predique la *re-creación* de España, y nos llamemos los recreativos? ¿O que prediquemos la *re-dención* y nos llamemos los redentores, y si esto pareciese presuntuoso, los redentoristas? Esto sería más solemne, pero aquello es más ameno. Examinemos ambos vocablos, ya que á ellos, y sólo á ellos,



estamos.

¡*Re-creación*! Qué hermosa palabra y qué preñada de sentido! *Re-crearse* es volver á crearse; el que se re-crea se crea de nuevo. ¿Pero no necesita España, más bien que *re-creación*, *creación* pura y simple? ¿Es que, como nación, como pueblo, como *demo*, con conciencia de sí, con civilidad, está creada? Cuando más se llevaba y traía lo de la *re-generación*, dijimos muchas veces que lo que había que hacer era *generar*, engendrar á España, que no está degenerada, sino *ingenerada*, por *generarse*. Lo más de su enfermedad civil es el pelo de la dehesa, es el no haber entrado en la Historia lo más de su pueblo, es el *trogloditismo*.

¿Y *re-dención*? *Redención* — *redemptio* —, de redimir, es volver á comprar

[Recogido en "De esto y de aquello",
tomo II]





lo que se había vendido. En nuestro caso, el voto, ó sea la conciencia política. La redención en España consistiría en rescatar — *re-ex-captare* — la conciencia política que se vende en el sufragio. ¿Pero es que de veras se vende la conciencia política? No, no se vende; es que no la hay. Si es tan fácil comprar por dinero ó por favores un acta de diputado; si los políticos de oficio — esto es, los auto-candidatos, los que se presentan á sí mismos candidatos ó buscan quienes los busquen como tales, y ésta es la definición exacta de esa maléfica y apéstosa plaga social —; si esta canalla puede comprar con dinero ó con favores puramente personales, y no pocas veces ilegales y aun injustos, sus actas, es porque no hay conciencia política alguna en el pueblo. No hay, pues, que redimir ó rescatar, que volver á comprar lo que lo fué á uno comprado, sino que hay que producir conciencia política que lo sea de verdad, es decir, que ni se venda ni se compre.

Ni la re-creación, pues, ni la re-dención nos resultan. Tenemos que contentarnos con la creación. ¡Y no es poco! ¡Ser creador! ¡Hay algo más grande? Y nótese que creador es lo mismo que poeta. Como que lo único que arrojará de nuestra ciudadanía y de nuestra civilidad á la vil ralea de los políticos de oficio — á los miserables que se apuntan en este ó el otro partido porque aspiran á concejales, diputados provinciales, diputados á Cortes, senadores ó ministros —, lo único que nos limpiará de esa tiña social son los poetas, los verdaderos poetas. Que hay poetas, esto es: creadores, en política. Un estadista — no un ministro — es un poeta. Ha habido poetas de pueblos, poetas de civilidad.

En cuanto á los res — re-nacimiento, re-forma, re-volución, re-generación, re-novación, etc. —, todos se reducen á re-acción. Una re-volución es siempre re-accionaria. Revolucionarse es revolverse, y revolverse es volverse atrás. Tenía razón Carlos Marx al decir que todo programa para el porvenir es reaccionario. En cuanto una revolución tiene programa es ya reaccionaria. Y si la revolución de Setiembre, la Gloriosa, la de 1868, no fué demasiado reaccionaria, se debió á que Prim no se proponía sino derrumbar, en medio del estruendo — esto del estruendo es suyo —, el régimen político entonces existente. Lo al parecer — y no más que al parecer — modesto y limitado de este programa, lo que de movimiento, más que contra institución alguna, contra la persona de Doña Isabel II tuvo la genuina revolución aquella, es lo que le libró de ser reaccionaria. No se intentó volver á nada, sino quitar un obstáculo. Fué luego el pedante de Cánovas del Castillo quien, con la característica falta de sentido histórico de un historiador, soltó la tontería de que

iba á continuar la historia de España.

Nos falta que decir algo de regencia. Esta regencia antojásenos que, más que de regente — *regens, tis*, participio de *regere* —, el que ó la que rige, deriva de re-agencia, vocablo próximo pariente de reacción.

Nos quedarían aún dos res. Pero son peligrosos.

El lector no dejará de notar á lo que en castellano llamamos reses, que es á lo que nos han reducido todos esos *res* examinados. *Res*, en latín, significa «cosa», y de aquí *real* = efectivo, muy diferente de su homónimo *real* = regio. Pero nótese que en catalán *res*, que empezó significando algo, ha concluido, como en francés *rien* y en castellano *nada* (cosa nacida), por significar nada.

Cerremos, pues, este peloteo de vocablos con una fórmula comprensiva, y es ésta: *res* = nada!

Miguel de Unamuno

